

# *La historia de la historiografía, itinerarios y problemas*

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires

La historia de la historiografía ha conocido un sostenido crecimiento en las últimas décadas. Observando el problema en la perspectiva del siglo XX, debe señalarse que su fortuna fue irregular, alternándose períodos florecientes con otros de relativo ostracismo. Había sido un género bastante popular en los tiempos de predominio del “historicismo” y allí donde el mismo era claramente influyente –Alemania e Italia, por ejemplo, desde donde llegó a la Argentina de entreguerras–. Inversamente, no lo fue en Francia, donde, por caso, tanto un historiador tan tradicional como Louis Halphen como los fundadores de *Annales* no tenían ninguna empatía con ella. Así, por ejemplo, Marc Bloch, al comentar el libro de Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis* había tomado todas las distancias ya desde el título de su recensión: “¿Historisme ou travail d'historien?”.<sup>1</sup> Incluso Lucien Febvre, que tanto aportó en ideas, problemas y perspectivas, en un terreno en el que dio mucho de lo mejor de sí, la crítica de libros de historia y de sus autores, probablemente hubiera colocado la historia de la historiografía de su tiempo en el campo del “inútil torneo de las ideas”.<sup>2</sup>

Que la historia de la historiografía adquiriese un sentido relevante en el cuadro de la concepción historicista era bastante previsible. La vida toda y por ende también la historiografía sólo podían ser comprendidas desde la historia, en un proceso de gestación y desarrollo en el decurso temporal que aclaraba su sentido y su avance. Asimismo, si la dinámica de ese proceso estaba regida por las creaciones del espíritu, ¿cómo no ocuparse dentro de él en modo relevante de los historiadores y sus obras? El significado de su aporte era aprehensible mucho más indagando su horizonte intelectual que reflexionando sobre los documentos de que disponía o los instrumentos técnicos que utilizaba. Ese aporte adquiriría sentido, por lo demás, sólo si colocado era en una secuencia evolutiva de pensadores (Meinecke) o dialéctica de movimientos intelectuales (Croce) que signaban el devenir y el progreso de la disciplina y más allá de la vida intelectual toda. Sin embargo, el análisis y el juicio sobre un historiador y su obra no remitía o parecía que no debía remitir simplemente a su *forma mentis* y a su interacción con el contexto intelectual de su tiempo, con sus antecedentes y consecuentes, sino también a la capacidad de comprensión del pasado que podía evaluarse en sus obras. Ello parecía implicar una necesaria confrontación con la calidad de la operación histórica y con

<sup>1</sup> M. Bloch, “Historisme ou travail d'historien?”, en *Annales d'Histoire sociale*, I, 1939, pp. 429-430.

<sup>2</sup> L. Febvre, “Contre le vain tournois des idées. Une étude sur l'esprit politique de la Réforme”, en L. Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, A. Colin, 1992, pp. 75-79.

sus resultados, es decir, con la verdad –o si se prefiere la verosimilitud– que las mismas contenían a la luz del estado del arte y de los conocimientos disponibles. Empero, esa operación no era en general realizada. Meinecke se defendía señalando que su preocupación por la historia de la historiografía se refería al estudio “de los principios estructurales y de los criterios de valoración sobre los que descansaban la historiografía y el pensar histórico general” sin dejar de considerar legítimos otros enfoques.<sup>3</sup> Por otra parte, si en su libro podía colocar a Goethe, que historiador no era, como eslabón clave en la construcción de la concepción historicista y más allá aun sostener, por ejemplo, que había sido capaz de retratar en *Egmont* con “sorprendente fidelidad histórica” el ambiente holandés del siglo XVI, ¿que lugar podría ocupar allí el estudio de la operación histórica?<sup>4</sup>

En un terreno no menos ambiguo se movía Benedetto Croce. Éste, por una parte, había sostenido en forma reiterada y en distintos momentos que historia e historiografía eran dos momentos conceptualmente distintos pero indisolublemente unidos en la labor del historiador o que una obra histórica debía juzgarse sólo por su mérito histórico, es decir, por su capacidad para comprender un problema del pasado desde los requerimientos del presente.<sup>5</sup> Empero, por la otra, señalaba, bien es cierto que en 1913, que el propósito de la historia de la historiografía era la “historia del pensamiento historiográfico” con énfasis en las “teorías de la historia”, que todo estudioso posee aunque no sea cons-

ciente de ello, y eso es lo que concretamente haría él mismo en los capítulos sucesivos de ese mismo texto. Desde ese lugar podía criticar a la obra de Eduard Fueter, que por otra parte apreciaba, por la muy limitada consideración otorgada a la teoría y a la metodología de la historia histórica en tanto éste las incluía sólo en cuanto hubiesen tenido eficacia práctica en el desarrollo concreto de la historiografía.<sup>6</sup> Debe anotarse al pasar que esas ambigüedades de Croce decantaron en sus discípulos de estricta observancia en aquella historia del pensamiento que enfatizaba aun más la unidad de filosofía e historia en la cual la primera devenía metodología de la segunda y en tanto tal objeto de atención privilegiado de la historia de la historiografía.

Las voces de protesta se alzaron en muchos lugares. Por detenernos solamente en el caso italiano, en el que la historia de la historiografía era particularmente fuerte, ya en 1945 Arnaldo Momigliano –que aunque discípulo de Gaetano De Sanctis era considerado todavía, justa o erróneamente, un croceano– observaba, comentando un libro sobre Tito Livio de Paola Zancan, que el análisis y la valoración de la obra de un historiador no podía realizarse omitiendo considerar si los hechos que presentaba eran verdaderos o no y sin comparar si su reconstrucción histórica era mejor o peor que la de otros historiadores de la época.<sup>7</sup> En forma análoga se expresaba pocos años más tarde ese historiador realista y concreto que era Federico Chabod, que aunque antiguo alumno de Meinecke y sucesor designado por Croce al frente del Istituto Italiano per gli Studi Storici, debía mucho más a otras tradiciones historiográficas. Al hacer un análisis de conjunto de la obra de Croce, ante su fallecimiento, señaló al pasar

<sup>3</sup> F. Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1943, p. 16.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 391.

<sup>5</sup> B. Croce, “Unidad y diversidad de Historia e Historiografía”, en B. Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Imán, 1953, pp. 263-264 (texto agregado en la edición italiana de 1927) y B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, Bari, Laterza, 1938, *passim*.

<sup>6</sup> B. Croce, *Teoría e historia...*, cit., pp. 140-142.

<sup>7</sup> A. Momigliano, “Tito Livio, saggio storico by Paola Zancan”, en *Journal of Roman Studies*, 35, 1-2, 1945, pp. 142-144.

que el propósito de la crítica historiográfica debía ser considerar cómo un historiador, partiendo de un determinado modo de ver la historia y de una determinada metodología, lograba en su obra, más o menos acabadamente, capturar las cosas (rankeamente) “come propriamente sono accadute”.<sup>8</sup> A ellos se sumaba Delio Cantimori, cuya concepción historiográfica no podía ser incluida en ninguna de las tradiciones aludidas precedentemente, al hacer en 1960 otro balance sobre el erudito napolitano. Sostenía allí, en polémica explícita con los discípulos de Croce, su oposición a la historia de la historiografía entendida como una historia del pensamiento historiográfico centrada exclusivamente en el análisis de los libros de los historiadores y en especial de sus “teorías” (entre comillas en el texto). Operación que debía su éxito, según Cantimori, a que era bastante más fácil que estudiar, junto a las ideas de los historiadores, los hechos y sus desarrollos, los hombres y las cosas de que aquellos historiadores se ocupaban y el clima general y las condiciones de trabajo en que lo hacían.<sup>9</sup>

El pequeño excursus sobre las figuras mayores de la historiografía italiana de la posguerra puede ser colocado en un cuadro más general de resistencias y reticencias hacia la historia de la historiografía que aquí será apenas aludido. Efectivamente, ésta entró en un cono de sombra en el contexto de un problema mayor: la buscada convergencia entre historia y ciencias sociales en el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Las reflexiones sobre el “método” histórico, es decir, sobre los conceptos operativos, las técnicas y los instrumentos de trabajo y even-

tualmente sobre su acumulación, parecían mucho más útiles que el estudio de la larga gestación de lecturas de un problema que proponía la historia de la historiografía clásica, entendida como esa “historia del pensamiento historiográfico”, sospechosa en los nuevos tiempos de arcaísmo y, a la vez, de perimido idealismo.

Las cosas volverían a cambiar en las últimas tres décadas. La historia de la historiografía goza nuevamente de buena salud. La misma puede percibirse en la expansión de ámbitos específicos (comités, congresos, publicaciones especializadas), en Europa y en América, en los que se reúnen los cultores de un campo de contornos imprecisos. Desde luego que esa expansión y esa conformación como un campo institucionalizado deben ser colocadas en el cuadro más general del crecimiento de los estudios históricos, en el ámbito de la notable expansión de los ámbitos de enseñanza superior y de los institutos de investigación públicos y privados de las últimas décadas y de la progresiva internacionalización de las redes profesionales. La fragmentación y la especialización, que algunos pueden deplorar, son en gran medida inherentes al crecimiento desmesurado de la producción histórica y a lógicas inherentes a la estructuración del campo profesional. Con todo, esa estructuración es fundamentalmente temática y esconde dentro de cada área así definida una heterogeneidad de prácticas que es también un signo de los tiempos actuales de los estudios históricos. Esconde también una delimitación imprecisa del campo. Ciertamente, no toma en consideración ya sólo las “altas cumbres” de la historiografía (las “cimas” de que hablaba Meinecke) sino que ha descendido a los valles, lo que no puede sino celebrarse ya que allí se percibe el “estado” de la profesión. Tampoco se detiene, a veces, en el análisis de los historiadores sino que aspira a extender su campo a cualquier reflexión sobre el pasado, lo que es

<sup>8</sup> F. Chabod, “Croce storico”, en F. Chabod, *Lezioni di metodo storico*, Bari, Laterza, 1972, p. 233 (edición original en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, 4, 1952).

<sup>9</sup> D. Cantimori, “Historia e Historiografía en Benedetto Croce”, en D. Cantimori, *Los historiadores y la historia*, Barcelona, Península, 1985, p. 249.

mucho menos fácil de celebrar, no solo por los criterios más o menos arbitrarios que la presiden sino porque de ese modo la historia de la historiografía se disuelve enteramente. Si todo es historiografía, nada lo es.

En algunos de los grupos de mayor visibilidad considerados, acertada o erróneamente, la vanguardia de la profesión, el renovado éxito de la historia de la historiografía puede vincularse con otras cuestiones. Ante todo, con la tendencia, quizás ya dejada atrás pero tan influyente en la década de 1980, de enfatizar la relación entre los textos y los productores de textos por sobre la relación entre aquellos y la realidad por ellos “representada”. Es decir, lo que se llamó el tránsito del documento al monumento en el cuadro de creciente desconfianza hacia el equívocamente llamado positivismo historiográfico, hacia sus ilusiones de conocer el pasado “tal cual efectivamente sucedió” y hacia la noción de verdad que las mismas implicaban. Volvía desde allí a adquirir popularidad una historia de la historiografía que tenía bastantes semejanzas con la que presentamos antes. Ellas son visibles incluso en las proposiciones formalmente más radicales como la de Hayden White, con su ambición de una revolucionaria interpretación de varios de los mayores historiadores y filósofos de la historia europeos decimonónicos, indagando el nivel “profundo” de su conciencia histórica (la “metahistoria”) en el que se encontrarían los “diferentes modos tropológicos que subyacen o inspiran su trabajo” —operación para la cual la lingüística proveía el arsenal teórico y para cuya realización no parecía necesitarse más que manipular los libros de aquéllos, reconstruyendo a partir de allí sus “teorías” (poéticas ahora). Nada tan diferente a como actuaban en concreto los antiguos croceanos.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> H. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992. Por otra parte, si el lector hace el ejercicio de pasar por alto las

No es casual que a enfrentar la obra de White y de otras a ella afines saliese a la palestra nuevamente Arnaldo Momigliano, ante lo que pudo parecerle la reaparición de antiguas perspectivas, para referirse irónicamente a la “historia de la historiografía sin historiografía”. En modo no menos crítico se expresó, en 1992, Carlo Ginzburg alertando acerca de los riesgos que conllevaba esa “moda” de escindir completamente el análisis de la narración histórica de cualquier exploración sobre las características de la investigación empírica en que se basa cualquier libro de historia.<sup>11</sup> La reflexión de Ginzburg en ese artículo se orientaba a mostrar las implicancias que una inadecuada datación y la sucesiva interpretación de un testimonio podía traer para la arquitectura general de la interpretación de un libro y, agregaríamos nosotros, para evaluar el aporte historiográfico de cualquier obra de historia.

Es posible tal vez ir más allá y para ello puede partirse de otras observaciones del mismo Ginzburg incluidas en su último *reader* que lleva como subtítulo “Vero falso finto”, y extenderlas a un campo diferente y en un sentido quizás también diferente. A partir de la exploración del itinerario del término *enargeia* (claridad, tangibilidad) utilizado por Polibio para señalar la búsqueda de veracidad en las obras de Homero y que Quintiliano en su *Institutio Oratoria* traduce como “evidentia in narratione”, Ginzburg

---

reflexiones, desde luego centrales para el autor, en torno a los tropos, encuentra junto a ellas una historia de la historiografía bastante clásica con miradas inteligentes junto a algo esquemáticas interpretaciones psicológicas, ideológicas, sociales (“de clase”), referencias a contextos sociales y culturales (definidos a veces con alarmante simplicidad) e influencias e interacciones (aunque sin atender a la temporalidad de cada libro en el conjunto de la obra de un autor).

<sup>11</sup> C. Ginzburg, “La conversione degli ebrei di Minorca”, en C. Ginzburg, *Il filo e le tracce. Vero falso finto*, Milán, Feltrinelli, 2006, p. 41 (el artículo original es de 1992). La frase de Momigliano está referida en este texto.

señala que “Lo storico antico doveva comunicare la verità di ciò che stava dicendo servendosi per commuovere e convincere i propri lettori dell’*enargeia*”.<sup>12</sup> Empero, y más allá de las diferencias entre historiografía antigua y anticuaria o entre historiografía antigua y moderna, que Ginzburg explora magistralmente a partir de las conocidas observaciones de Momigliano, ¿no es posible postular que el problema del historiador contemporáneo también es no sólo buscar hablar de la verdad sino representarla convincentemente? En este punto el historiador de la historiografía que sólo opera con los textos de los historiadores, y por mucha agudeza crítica de que disponga, está inerme. Su análisis se basará inevitablemente en la *evidentia in narratione*, quedando a merced de las habilidades retóricas del historiador para transmitir una imagen convincente del pasado. Es decir, a presuponer el “finto” (definido también “como se fosse vero”) como idéntico de el “vero” (suponiendo que éste exista y el autor de estas líneas cree que sí). Problema quizás no menor y ciertamente inexplorado, ya que si la historiografía ha hecho enormes pasos en el siglo XX en el desarrollo de instrumentos para conocer el pasado, también los ha hecho en el empleo de estrategias para representarlo convincentemente y esconder las incertidumbres, las opacidades, los puntos de sutura, pero también la tendenciosidad o la unilateralidad de sus miradas. En suma, para maquillar ante el lector indefenso los límites de su conocimiento o la arbitrariedad de sus interpretaciones.

Ciertamente, la precedente no es la única forma en la que se ha practicado recientemente la historia de la historiografía y sería injusto no presentar aunque sea muy sumariamente algunas otras líneas de trabajo muy

distintas y aun opuestas a las precedentes. Nos detendremos brevemente en dos de ellas. En primer lugar, en aquella que bajo las inspiraciones de la sociología se dirigió a estudiar el contexto profesional en el cual operan los historiadores, que es menos individual que grupal, y a mostrar cómo el mismo orienta las estrategias y a la vez les impone constricciones en la elección de los temas, en los enfoques, en los usos de la historia y en la posibilidad de adquirir un lugar de enunciación prestigioso y poderoso desde el cual influir sobre la profesión y sobre la sociedad toda. Aunque aquí las referencias más obvias remiten a la obra de Pierre Bourdieu y sus discípulos, deberían recordarse otros trabajos anteriores como los de Víctor Karady o el de William Keylor.<sup>13</sup> Lógicas sociales, de poder, de exclusión, de reproducción dominan la profesión histórica institucionalizada como a cualquier otra. Y es bastante evidente que la concentración de ese tipo de estudios en el caso francés debe vincularse con las características centralizadas y jerarquizadas de su campo académico, que permiten exhibir mejor la importancia de esos contextos. Se trata, en suma, de enfoques que enriquecen en mucho nuestra comprensión de la historia de la historiografía, más cuando actúan como una profundización del contexto, menos cuando aspiran a sustituir por esa vía el estudio de autores, obras, métodos y resultados. En el último caso corren el riesgo de ser otra forma de “historia de la historiografía sin historiografía”.

Una segunda línea de trabajos se ha orientado a explorar en profundidad a los historiadores, no a partir de sus obras sino a partir de

<sup>12</sup> C. Ginzburg, “Descrizione e citazione”, en *ibid.*, p. 18 (el artículo es de 1988)

<sup>13</sup> V. Karady, “Estrategias de carrière et hiérarchie des études chez les universitaires littéraires sous la III République” (Rapport d’enquête et exposé), Paris, Centre de Sociologie de l’éducation, 1972; W. Keylor, *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge, Harvard University Press, 1975.

su vida y sus testimonios. Mucho de ello no tiene en realidad que ver con la historia de la historiografía sino con un proceso de ensimismamiento y autocelebración de la profesión en busca de construir un linaje y un propio “lugar de memoria”. Constituyen a menudo más monumentos que documentos, como si en vez de construir el panteón patriótico se tratase ahora de edificar el panteón historiográfico. Operación a la que contribuyen los mismos historiadores vivientes con sus “ego-historias” o con sus autobiografías<sup>14</sup> (que presentan adicionalmente el problema de todos los “testimonios voluntarios”). Más útiles, a priori, las numerosas ediciones de correspondencias, por ejemplo, Bloch-Febvre, Bloch-Berr, Febvre-Berr. Sin embargo, hasta ahora, ellas no parecen haber sido aprovechadas suficientemente en un sentido historiográfico. Por ejemplo, ¿cuánto la biografía exhaustiva de Marc Bloch, que emplea en gran escala su correspondencia, ayuda a entenderlo mejor no como hombre, intelectual y ciudadano de su tiempo sino como historiador y a iluminar sus obras? Poco.<sup>15</sup> Empero, un instrumento como las correspondencias (lo sabían los antiguos maestros) puede ayudar en mucho a precisar un contexto específico, no genérico y avanzar de modo más seguro en las relaciones interperso-

nales e intelectuales, en la trama de vínculos y lecturas, de préstamos e influencias de un historiador. Hay ejemplos varios en ese sentido, vaya sólo uno: el magnífico ensayo que Adriano Prosperi dedicó al libro fundamental de Delio Cantimori a través del análisis de su correspondencia, combinado con el de su obra mayor y con un excelente dominio del campo de investigación al que éste dedicó sus esfuerzos y de los debates historiográficos que lo surcaban.<sup>16</sup> Finalmente, una nueva historia de la historiografía debería tratar de ir más allá de las meras analogías formales entre textos, que en el pasado permitían relacionar, en forma a menudo imprecisa y azarosa, a un autor y una obra con otros y otras y con esquemáticos grandes climas intelectuales.

El bosquejo que hemos presentado no aspira a ser en modo alguno representativo, sino apenas lo que su título enuncia, un itinerario entre otros posibles. Busca presentar algunos problemas persistentes y otros nuevos en una historia de la historiografía que aparece hoy como una multiplicidad de enfoques dispersos e inconexos. Unir los fragmentos del espejo es un programa ambicioso que puede ayudar a una mejor o, si se prefiere, más compleja y más fundamentada comprensión de historiadores, obras y contextos. □

<sup>14</sup> Dos ejemplos por todos: P. Norà (ed.), *Essais d'ego-histoire*, Paris, Gallimard, 1987; E. Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002.

<sup>15</sup> C. Fink, *Marc Bloch: A Life in History*, Cambridge University Press, 1992.

<sup>16</sup> A. Prosperi, “Introduzione” a D. Cantimori, *Eretici italiani del Cinquecento e altri scritti*, Turín, Einaudi, 2002, pp. X-LXII.